

# Usos múltiples

---



## Agnes Heller y las necesidades radicales

Hacia 1976 oí hablar por primera vez de Agnes Heller. Bolívar Echeverría me había recomendado buscar su libro *La teoría de las necesidades en Marx*, recién publicado, y conseguí una versión en italiano; al leerla entendí que ella era, como discípula de Lukács, una lectora fiel de los *Manuscritos* de 1844, los textos del joven Marx que sentaron las bases para una nueva antropología crítica.

Como a todo estudiante de izquierda en la Facultad de Economía de la UNAM de entonces, el aura de Lukács me seducía y, durante un periodo, su acercamiento a los escritos juveniles de Marx ocupó buena parte de nuestros estudios. Agnes Heller había trabajado entre 1955 y 1958 como asistente de George Lukács en el Instituto Sociológico de Budapest y su obra mostraba su ostensible huella. De familia judía, había sobrevivido a la barbarie nazi, y entender las raíces de ese régimen se había convertido en una de sus principales preocupaciones. ¿Cómo era posible que hubiese ocurrido algo como el Holocausto?

En esa línea, antes de ocuparse de las necesidades, Agnes Heller había publicado *Sociología de la vida cotidiana* e *Hipótesis para una teoría marxista de los valores* (1970). Desde entonces empezó a producir textos que darían origen a una suerte de antropología crítica: al lado de su teoría marxista de las necesidades, elaboró una teoría de las emociones. De estos textos se desprende una antropología de la vida cotidiana. ¿Cómo entender los procesos de reestructuración de los patrones de consumo que la modernidad experimenta y suscita como novedad día tras día?, ¿qué subyace a esa revolución de las necesidades que el mercado mundial no cesa de recrear?, ¿en qué era distinto el orden de las necesidades en las sociedades clásicas?

Al empezar los años 70, tras la gran ruptura que significó 1968, múltiples teóricos críticos hacían esfuerzos por construir una mirada que permitiera entender los cambios, las crisis, que ya desde entonces estábamos viviendo.

En ese horizonte aparece Agnes Heller (1929), desde una Europa del Este distante, para hablarnos, de modo original, de necesidades radicales que no pueden ser satisfechas en el horizonte del capitalismo. Se trataba de una lectura que marcaba cierta ruptura. No era necesario apelar a la confrontación entre la clase obrera y el capitalismo para hablar de revolución. Las necesidades radicales referían a todas las cuestiones que el mercado no podía atender y que estaban en el origen de las movilizaciones que en ese momento alimentaban al movimiento anticapitalista. Las luchas de género, feministas y homosexuales, las luchas antinucleares, las luchas por nuevos patrones de consumo, las luchas ecologistas, las movilizaciones por el hábitat, el derecho a la ciudad, todas, eran luchas que mostraban los límites del capitalismo. “Todos aquellos estratos sociales que expresan necesidades radicales –escribió– pueden convertirse en sujetos de la transformación revolucionaria.”

Un nuevo sujeto social parecía emerger al final del siglo XX, un grupo de actores que coincidían en un reclamo: hay necesidades que no pueden encontrar atención en el mundo del mercado, un mundo que homogeneiza, instrumentaliza, reprime, manipula y cosifica los deseos de la gente. Un mundo que no suscita una cultura de paz sino una nueva versión de la cultura de la guerra.

En esos años, Bolívar Echeverría recomendó en su obra volver la vista a los conceptos clave del Marx de los *Grundrisse* y *El capital*: sistema de necesidades y sistema de capacidades. En ellos se encuentran categorías útiles para pensar la modernidad capitalista del siglo XXI. El capitalismo es, a todas luces, una época contradictoria. El mercado mundial no cesa de explorar y constituir nuevas necesidades para ampliar las posibilidades de acumulación. El patrón de consumo material del neocapitalismo es un modelo que no se detiene ante nada. Se trata de constituir apetitos y deseos de toda índole, generar dependencias en cualquier ámbito. El capital no hace distinciones a la hora de hacer negocios. Y, con esa lógica, no importa que la naturaleza o

las culturas precapitalistas desaparezcan. Se trata de ampliar los mercados, no importa el costo.

Es la primera época que se ha preocupado por identificar los mínimos fisiológicos para la vida humana. Ninguna otra sociedad había intentado determinar qué necesidades es indispensable atender (mínimos nutricionales). Pero a la vez, en ninguna sociedad anterior se había propuesto explorar el ir más allá de todos los límites. Insaciable, el orden capitalista rompe todas las barreras naturales y no cesa de destruir las culturas locales.

¿Qué nos enseña Agnes Heller? Su legado indica que es posible construir una teoría crítica abierta. Desde el punto de vista de la praxis, hace depender el carácter transformador de un movimiento social, del contenido de las necesidades que se propone satisfacer. Como intelectual preocupada por construir una teoría alternativa, socialista y democrática, su visión de las necesidades radicales constituye una reflexión teórica original. Forma parte esencial de su antropología, y en este sentido está claramente vinculada a su reflexión sobre la vida cotidiana, la modernidad capitalista y las alternativas para salir de ésta. No hay que olvidar que, conociendo las entrañas del mundo socialista, también hizo una crítica del fallido modelo soviético, en *Dictadura y cuestiones sociales*, publicado en México, donde mostró que aquello no era otra cosa que una dictadura de las necesidades.

Leer a Heller es hoy más que nunca necesario. Su mensaje en última instancia apela a la superación de las necesidades enajenadas. La necesidad de posesión, de poder y la de ambición, decía, son tres necesidades que nunca pueden ni deben ser satisfechas. Si fueran satisfechas, la gran mayoría de los hombres no podría satisfacer otras.

visite <http://palido.deluz.mx>